

La mar de utopías

Arturo Azuela



Facultad de Filosofía y Letras



Gobierno del Estado de Jalisco
Secretaría de Cultura

ÍNDICE

PRIMERA PARTE **Las sombras de un sueño** **(De México a Lima)**

I	Figuras del pasado	9
II	Los caminos de un iluso	19
III	Carlos Barral	29
IV	Recuentos sin fin	39
V	Los tránsitos históricos	47

SEGUNDA PARTE **Viaje redondo (1)** **(Buenos Aires)**

I	Entomos porteños	59
II	Juan Rulfo	69
III	Día de ciclo luminoso	79
IV	El entierro de Julio Cortázar	89
V	Jamás imaginé	95
VI	Ernesto Sábato	107

VII	De Marta Mercader a la crisis argentina	119
VIII	Vargas Llosa y nuestras universidades públicas	131
IX	Entre el descubrimiento y la invención	137
X	Velada de asombros	149
XI	Luis Rius	161

TERCERA PARTE

Viaje redondo (2)

(Chile)

I	Otra vez en Santiago	173
II	El placer de la amistad	185
III	Una larga plática	197
IV	En la sociedad de escritores	209
V	Pablo Neruda	221
VI	El exilio español	231
VII	Carta de un exonerado	239
VIII	Último día del año	247
IX	Una noche histórica	259

CUARTA PARTE

Que me ha dado tanto...

(México, Chile y otros hallazgos y extravíos)

I	Un abrazo	273
II	La palabra es del tiempo	281
III	Es el destino	287
IV	Otra primera patria	293
V	Ciudadano de dos Santa Marías	299
VI	Por la paz de Chile	305
VII	Homenaje a Salvador Allende	313
VIII	En busca de asombros	321

PRIMERA PARTE

**Las sombras de un sueño
(De México a Lima)**

I

FIGURAS DEL PASADO

Estamos cruzando la línea del Ecuador. Bajo las alas del avión, imagino el mapa de América —la nuestra: la indígena, la hispana, la latina, la caribeña, la mestiza, la africana. Una gran tierra en convulsión, con enigmas por los cuatro puntos cardinales; países desgarrados no sólo por sus miserias y represiones o sus oligarquías y dictaduras, sino por sus revoluciones fallidas y el peso injusto de tantas deudas. Por la mayoría de sus rincones, desde los páramos de la Baja California a las soledades de la Patagonia, la desesperanza es el signo de los tiempos. Al parecer, el camino del desencanto y la frustración es definitivo en el umbral del siglo XXI. A mi lado, un gran amigo —llamémosle Sebastián—, no dice una palabra, quizá enojándose con sus fantasmas o desenterrando a sus muertos en "el clima de esas tardes de ventisca y de polvo". Miro por la ventanilla del avión de Aeroperú y recuerdo mi primer viaje a Chile, hace más de veinte años, allá por 1966. Lo recuerdo como si fuese una película inolvidable, "con pulso, sangre, corazón ardiendo..."; en el primer plano están presentes las voces y los rostros de los amigos; no faltan los momentos de penumbra; a los sueños frustrados, se añaden los amaneceres de plenitud erótica.

Voy y vengo por aquellos tiempos, aquella década de juventudes heroicas y de duelos muy profundos. Los hechos se acumulan: a las manifestaciones del 68 y a la Olimpiada de México, se suman los golpes militares y los focos de insu-

rección de norte a sur. Se atraviesa el suicidio de Violeta Parra, con su voz de extrañas resonancias y su extraordinario talento musical. Después de precisar algunas imágenes de *La noche de los bastones largos*, un día de septiembre del 66 en Buenos Aires, voy a los éxitos continentales de nuestros narradores, a *Rayuela*, a *Cien Años de Soledad*. Por ese entonces, en Santiago se van poniendo los cimientos de la Unidad Popular. En Perú, Nicomedes Santa Cruz le canta al mundo con su voz privilegiada y, en Argentina, las manos prodigiosas de Eduardo Falú suben y bajan por las cuerdas de su brillante y nostálgica guitarra. Todavía las voces de Toña la Negra y de Mercedes Sosa se escuchan en los puntos más distintos de nuestro continente. No es una década de gran optimismo, aunque sí de grandes cambios y al menos —con cierta ingenuidad, siempre con banderas a media asta—, creíamos en un futuro nuestro y sólo nuestro, como si con firmeza de espíritu y de corazón pudiésemos vivir, desde el porvenir, un mundo cada vez más fiel a nosotros mismos.

Para el asombro de algunas mentes exquisitas, ya no éramos el continente sin narradores de proyección universal. Éramos, por derecho propio y ganado a pulso, creadores de las grandes canciones sentimentales, del bolero y de la melodía de arrabal. Teníamos pintores de primera línea y arquitectos audaces ubicados al frente del *avant garde*. Y aunque la sombra del dictador o del caudillo o del demagogo nos pudiese amenazar por cualquier flanco, ya habíamos dado algunas lecciones de democracia y muchas luchas en torno a la defensa de los condenados de la tierra. Por aquel entonces —en aquel parteaguas que representaron los sesentas—, las figuras legendarias de las revoluciones de México, de Bolivia, de Cuba, de Nicaragua, de Guatemala, se enseñoreaban en las páginas más importantes de nuestras bitácoras y en el centro mismo de nuestras organizaciones políticas.

La Mar de Utopías

Teníamos héroes para corto y largo plazo; y los teníamos desde el principio de nuestros tiempos. Ahí donde no los había, los inventábamos, y en el lugar donde sobraban —con un ligero cambio en la fe de bautismo o en el acta de nacimiento—, los distribuíamos en las regiones más convenientes. En esa exótica y atractiva conjunción —desde Atahualpa a Fray Servando, desde Nezahualcóyotl a Las Casas o pasando por Sor Juana, el Inca Garcilaso o Juan Ruiz de Alarcón para llegar a los grandes constructores anónimos de muchas de nuestras catedrales—, nuestro santoral laico o cultural tenía un linaje digno de admiración en cualquier punto del planeta.

Todas las sagas podían tener cabida en las ficciones de la novelería popular. No en balde doña Manuelita Sáenz podía ser ángel o demonio, mujer atractiva que había dado todo cuanto tenía por el gran Libertador. No en balde los curas Hidalgo y Morelos, siempre con la virgen de Guadalupe de su parte, luchaban a brazo partido contra la "canalla" realista. Y, ¿qué se puede decir de un héroe como Cuauhtémoc que siempre estuvo a "la altura del arte"? ¿Y de José Martí, representante de la unidad del héroe intelectual y del militante acrisolado, puro, severo y enigmático? La lista es infinita, para dar y prestar: desde el indio Juárez, duro como el diamante más pulido, cargado de ambiciones y con su chistera y su frac, a Faustino Domingo Sarmiento, político con afares proféticos y programáticos, escritor de riqueza expresiva y "vivacidad de imaginación"; nombres hechos no sólo para los corridos o las melodías gauchescas sino para las cantatas y los himnos nacionales; nombres que caen de pie, que tienen un gran son, que se asimilan al modelo de nuestra "primigenia índole". La sonoridad está en el primer plano: Sucre, San Martín y Santander; Andrés Bello, Juan Bautista Alberdi y Eugenio María de Hostos. Con nuestras realidades, incluso con el fracaso de nuestros héroes —con sus traiciones, sus venganzas,

sus parricidios—, hemos fabricado las más descabelladas utopías y una larga lista de biografías trágicas, ajenas a la alegría y a la humildad. No hemos salido de una retórica anticuada, de aquellas palabras de Schiller, en muchos sentidos contrarias a la realidad: "la grandeza exige sacrificios".

Y mientras pienso en Rubén Darío —el divino Rubén, diría Ernesto Mejía Sánchez—, en su figura bohemia, oronda, gruesa, paseando por los círculos intelectuales de Madrid y desafiando a cualquiera que se dijese un acendrado renovador del idioma; mientras voy y vengo por "aquellos ilustres aceros, que encarnan las glorias pasadas..., las nobles espadas de tiempos gloriosos..., la noche, la escarcha y el odio y la muerte, por la patria inmortal", en la voz de mi profesor de secundaria, el poeta Carlos Pellicer; mientras me digo que mi memoria de mal recitador siempre me traiciona, mi amigo Sebastián habla de sus amores frustrados y de la mujer que despierta sus urgencias masculinas. —¿Qué te parece si la bautizamos hoy mismo, si la llamamos Valeria? —le digo en son de burla, sabiendo que ese nombre le cala a fondo, le toca las fibras más sensibles de sus pasiones desmesuradas. De cincuenta y dos años, delgado, de pelo abundante, con algunas canas en las sienes, cejijunto y piloso, Sebastián es obsesivo por antonomasia. Por lo tanto, el tema de Valeria —de la joven, de la ingenua y la pasional, de la refinada y la desbordante— será motivo de psicoanálisis a lo largo de todo el viaje; tema infinito con los entreveros más insólitos, yendo y viniendo del polvo de oro de la vida a los años del diamante erótico, a las penetraciones sacrosantas, a los amaneceres de injustos rechazos, a las recriminaciones, a las esencias de la duda; finalmente, a los secretos de los coitos amados y de los círculos pasionales.

Me dejo llevar por las imágenes más contradictorias que voy inventando a través de la ventanilla del avión. Estamos a un par de horas de Lima, en un mediodía de diciembre de 1989. *Lima la horrible*, Lima la de José María Arguedas o la de Julio Ramón Ribeyro, Lima la de *Moby Dick* o la de *La ciudad y los perros*, se acerca con sus tierras grises, sus barrios miserables o sus zonas elegantes, con sus mujeres y hombres de miradas esquivas, impenetrables, cargadas por las incertidumbres de siglos. Al escuchar las palabras de Sebastián —recuerdos punzantes de antiguas glorias, devaneos que hace a la sombra una mujer con su voz—, imagino que al tocar el avión la pista del aeropuerto, un grupo de guerrilleros encapuchados —individuos llenos del más brutal fanatismo y con las decisiones más atropelladas—, rodearían las salas de espera y los pasillos de llegada, nos harían prisioneros y, ya en los calabozos de sus dominios distantes, pedirían una cantidad extraordinaria por el rescate. En unos cuantos minutos, ya conocidas las tribulaciones de Sebastián causadas por Valeria, la historia está escrita en mi mente de principio a fin y con la ilusa idea de que muy pronto la podría publicar en Buenos Aires; aparecería en los kioskos y escaparates de las mejores librerías para el disfrute y morbosidad de muchos lectores. Y quizá Magali —uno de los objetivos sustanciales del viaje—, la que no veo desde un atardecer de febrero de 1980, en la escalinata de la Casa del Lago de Chapultepec, leería la novela con sus afanes críticos y sin abandonar su sonrisa maliciosa. Antes de llegar al final, ella se reconocería y no dejaría de pensar en mis inconsecuencias y en mis olvidos. Poco a poco, voy borrando las acciones llevadas a cabo por el grupo guerrillero; deshago aquella historia en la que se combinan la violencia, el compromiso político y la descripción de gallináceos, perros esqueléticos y extrañas lechuzas al filo de las madrugadas de una Lima en el desamparo.